

Víctor Polay Campos

REVOLUCIÓN EN LOS ANDES

DESDE LA PRISIÓN, VÍCTOR POLAY RESPONDE

UN BALANCE DEL MRTA

icono •

Contenido

Presentación a esta edición Darío Villamizar Herrera	13
El legado de las «derrotas triunfadoras» Pepe Mujica	15
Carta a un revolucionario en prisión Manuel Cabieses Donoso	17
Prólogo Víctor Polay y la historia del MRTA Antonio Zapata	21
Introducción	35
I. Orígenes familiares y el APRA	39
II. Mi militancia en el MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria	59
III. La fundación del MRTA, Movimiento Revolucionario Túpac Amaru	71
IV. Inicio de la lucha armada en las ciudades	83
V. La guerrilla en el campo	95
VI. La fuga de Canto Grande	113

VII. Nuestras relaciones nacionales e internacionales	133
VIII. Cautiverio en la Base Naval del Callao	143
IX. Rompiendo el silencio. La toma de la residencia del embajador japonés	161
X. La CVR, Comisión de la Verdad y Reconciliación	179
XI. Balance	195
XII. Reflexiones finales	235
Cronología	259

Presentación a esta edición

En agosto de 2010, supe que Víctor Polay Campos pensaba escribir un nuevo libro. Me lo contó Otilia, la madre de Víctor, en su último viaje a Bogotá, cuando organizamos, en la Quinta de Bolívar, una exposición que se llamó «Historia de una ausencia: la espada de Bolívar y el M-19». En esa ocasión, me ofreció que tan pronto lo terminara, me lo mandaría para que lo leyera y apoyara su publicación. Pocos meses antes del asesinato de Otilia, ocurrido en octubre de 2013, lo recibí de manos de una amiga mutua. Diversas circunstancias personales me impidieron hacerlo en su momento, pero aquí estoy, cumpliendo lo prometido, como un homenaje a su tenacidad y valor de mujer. Homenaje también a Víctor, que no claudicó y rechazó las dádivas que le ofrecieron para que renunciara a sus ideales.

Con Otilia nos conocimos en 2005, en su primera visita a Bogotá; en esos días estaba en un peregrinaje por varios países de América Latina, en las funciones propias de una madre que pedía un juicio justo para su hijo, preso desde hacía quince años. Durante esa estadía en Colombia, pudo explicar las condiciones de aislamiento inhumano en que se encontraba Víctor, con apenas treinta minutos de visita al mes, recluido en la prisión de alta seguridad de la Base Naval del Callao, en una celda-tumba de apenas dos metros por dos. Tuvimos la oportunidad de visitar, en el Congreso de la República, a senadores y representantes a la Cámara de diversos partidos políticos, quienes la escucharon con atención y respeto; muchos de ellos firmaron, junto con alcaldes, gobernadores y otras personalidades de América Latina, un manifiesto solicitando el juicio justo y su libertad, y la de sus compañeros.

Recuerdo que en esa ocasión el diario *El Espectador* la entrevistó junto a Margot de Pizarro, la madre de Carlos Pizarro Leongómez, líder del M-19 y amigo de Víctor desde los años setenta, asesinado hacía quince años, cuando era candidato a la Presidencia de la República.

En el año 2007, recibí por conducto de Otilia el libro *En el banquillo. ¿Terrorista o rebelde?*, que Víctor me envió «con un fuerte abrazo». Me sorprendió gratamente el prólogo del inolvidable Armando Villanueva del Campo, líder histórico del APRA, amigo del M-19 y senador de la República del Perú cuando lo conocí, en octubre de 1989. En su escrito hizo una distinción entre el carácter de rebelde que ostenta Víctor y la imputación de terrorista que se le ha querido endilgar: «No hay que olvidar que nuestro país ha sido pródigo en llamar terroristas a muchos de los que lucharon por la libertad y la justicia, teniendo algunas veces que responder con la violencia de los libertadores a la violencia de los tiranos».

Hace tres años intenté revivir estas historias con Víctor. En mayo de 2017, viajé a Lima para asistir a un congreso de estudios sociales latinoamericanos; previamente le escribí una carta al presidente del Instituto Nacional Penitenciario (INPE) para solicitarle un permiso para visitar a Víctor, que había sido trasladado temporalmente de la Base Naval al penal de Piedras Gordas. La respuesta fue negativa: «Luego de la evaluación de su pedido, el presidente del Comité Técnico del CEREC ha dispuesto no autorizar lo solicitado, dada la naturaleza del régimen de vida y tratamiento previsto en el Decreto Supremo N.º 024-2001-JUS, el mismo que tienen como fundamento, entre otros factores, la seguridad nacional, conforme al Artículo 1º de la citada norma».

Sin comentarios...

—DARÍO VILLAMIZAR HERRERA
Politólogo y escritor

Bogotá, junio de 2020,
al cumplirse 38 años de la detención
de Víctor Polay Campos.

El legado de las «derrotas triunfadoras»

Víctor, aunque no te conozco, sé que sos un hermano de los caminos por un mundo mejor. Imposible escapar, para nosotros, de la época y del tiempo que nos toca vivir. Imposible transmitir el aliento emancipador por la igualdad y la fraternidad entre los hombres. Cambiar el mundo es enjaular el egoísmo con barrotes de solidaridad, pero la realidad es terca por dura, se resiste.

Tal vez pensábamos que luchábamos por el poder para cambiar las cosas. Hacer democracia económica, hacer repúblicas, no de idénticos pero si de parecidos. Afincar aquello de que «nadie es más que nadie». Sin embargo creo, con la visión que dan los años, que el cerno de nuestras luchas es por enriquecer en algo a la civilización.

Ese es el legado que dejaron «las derrotas triunfadoras» de todos los luchadores en la historia humana. Nunca llegamos a donde soñamos, pero imperceptiblemente avanza algo la realidad social que nos circunda. Jamás habrá un mundo perfecto, pero es posible multiplicar la herencia que nos dejara la solidaridad intergeneracional, eso que llamamos civilización y que constituye el sello singular de la especie.

Porque somos gregarios pero no perfectos, necesitamos de la política para hacer viable a la grey. Es esta, la sociedad, la que recrea civilización que heredan quienes nos continúan.

Porque creemos, a pesar de tanta infamia, en la construcción consciente de un mundo mejor, por esto logramos la fuerza para resistir sin abdicar.

Allí quedan las armas, porque nunca fueron un fin. Habrá que entender que la paz es un medio y fin a la vez, y se construye y cuida multiplicando la justicia para sustentarla con bienes públicos.

Habrá nuevos caminos para eternos sueños, porque no es paz de cementerios sino de hospital parturiento.

Habrán esperanzas y derrotas nuevas, pero siempre, siempre tendremos un «campito», un lugarcito en las luchas para seguir viviendo.

Ten mi aliento desde el sur, Víctor, hermano al que no conozco pero por el cual pedí y rogué más de una vez con poca suerte. Ten mi compañerismo y en ti, hacia todos aquellos que ataron su juventud a la esperanza por una América Latina mejor.

Gracias por vivir y resistir, gracias por sembrar.

Hasta siempre,

—PEPE [JOSÉ MUJICA]

Exmiembro de la Dirección Nacional del Movimiento de Liberación Nacional —Tupamaros— MLN(T).

Expresidente de la República Oriental del Uruguay

Prólogo

Víctor Polay y la historia del MRTA

La invitación de Víctor Polay para escribir el prólogo de su testimonio fue una agradable sorpresa que me obligó a penetrar en la historia de la organización que dirigió. Por ello, con base en la documentación existente y en el aporte sustantivo de este testimonio, he redactado un pequeño ensayo sobre los problemas principales que, a mi juicio, se desprenden de esta historia. He buscado poner el foco en la concepción de Polay y en la práctica del MRTA.

Un primer tema es la influencia del catolicismo en la propuesta política de Víctor Polay, comandante general del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, MRTA. En principio, la religión parece haber pesado poco en su familia porque los integrantes de su hogar eran en su mayoría católicos no practicantes. Tanto su padre como su madre militaron en el APRA de la primera hora, cuando esta organización era manifiestamente anticlerical; además, su padre fue un activo masón. Por ello, el ambiente en casa no fue religioso; en su hogar no había cruces ni imágenes sagradas, jamás fueron a procesiones ni a los confesionarios.

Sin embargo, también queda claro que la propuesta de la Teología de la Liberación ha impactado en forma consistente a Polay. Conoce, desde joven, al padre Alejandro Cussianovich y este sacerdote —unos de los líderes de la mencionada corriente teológica—, hasta hoy, lo visita con regularidad en la cárcel. Es cierto que se trata de la visita de un amigo antes que el encuentro con un confesor; sin embargo, uno no encuentra a sus amigos en cualquier medio sino, por el contrario, las amistades se eligen con cierto cuidado. A diferencia de la red de parientes, que son obligados, los amigos son un grupo de afines, seleccionados por el individuo, sobre todo cuando se trata de querencias de larga data, como es el caso de este sacerdote con Polay.

Así mismo, cabe resaltar que, en determinado pasaje de estas memorias, Polay sintetiza la propuesta programática del MRTA sosteniendo que ha bebido de tres fuentes: el socialismo científico, el nacionalismo antiimperialista y la Teología de la Liberación. Dejemos para después los dos primeros elementos y destaquemos que Polay piensa en la propuesta del padre Gutiérrez como una de las matrices del planteamiento del MRTA.

Polay no es muy explícito en los detalles, pero por la lectura del conjunto de su producción, se puede inferir que se identifica con el compromiso con los pobres y, al igual que Gutiérrez, concibe la caridad como la mayor de las virtudes. La solidaridad con el necesitado está en la base de su moral personal.

No significa esto que la Teología de la Liberación se ubique en el derrotero político de Polay; por el contrario, es un proceso en una sola dirección.

En segundo lugar, tenemos la persistencia de la tradición aprista en su planteamiento político. Sobre este punto, quiero argumentar que es mayor de lo que habitualmente se piensa. Como siempre hubo bastante conflicto entre el Partido Aprista Peruano (PAP) y las izquierdas, parece que nunca hubieran existido vasos comunicantes. Pero Polay constituye, precisamente, uno de los pocos puentes entre la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) y las organizaciones marxistas.

Retomando las tres fuentes de su credo político, Polay sostiene que el nacionalismo antiimperialista cumple un papel articulador. En esa fórmula parece hallarse la primigenia idea aprista del Estado antiimperialista, concepto eje de los escritos juveniles de Víctor Raúl Haya De la Torre. Así, uno de los puntos de partida de Polay se halla en el APRA auroral.

Por ello, en estas memorias recuerda a Víctor Raúl con cariño y admiración. Como relata, siendo joven y militante aprista, temía sus condenas fulminantes y, hasta hoy, admira su fortaleza política, destacando la tradicional organización del partido aprista. Con respecto al APRA, impresionan el fuerte recuerdo de Polay

de su militancia junto a los Chicos Apristas Peruanos (CHAP) y la memoria de su participación en imponentes ceremonias del partido, como aquella que recibió a Héctor Pretell y a Alfredo Tello, liberados en los años sesenta después de purgar larga penitencia, acusados de haber cometido el crimen Graña, en 1947.

Esa reivindicación del APRA auroral se reforzó a raíz de su adhesión a Luis De la Puente Uceda y al MIR histórico. Resulta que, en la etapa inicial del PAP, hubo una corriente política radical y nacionalista que, en cuanto a su metodología, era insurreccional. Esa corriente convivió con otras durante treinta años y luego salió expulsada para protagonizar el movimiento guerrillero de 1965. A esa tradición se remite Polay.

Por ello, tampoco es casual su elevada afinidad con el M-19 de Colombia. Al igual que Polay, los líderes del M-19 provenían del tradicional populismo latinoamericano. Sus antecedentes comunes no eran los viejos partidos comunistas, ni habían bebido prioritariamente de la tradición marxista. En el caso del M-19, este provenía del partido del viejo general Rojas Pinilla, a quien se le habría hurtado la elección de 1970 que dio como ganador a Misael Pastrana. De ahí la insurgencia de un grupo que había nacido dentro de un partido populista. La participación del MRTA en el Batallón América, organizado por el M-19 en Colombia, es fruto de una sólida confianza mutua, construida con base en un punto de partida semejante.

Así, Polay es el último seguidor de la tradición populista revolucionaria.

Pero Polay no es simplemente un aprista radical. Como él mismo sostiene, su síntesis teórica se forma con base en tres componentes, uno de ellos el socialismo científico, nombre técnico para referirse al marxismo, concebido como ciencia del proletariado. Ahora bien, cabe preguntarse por los elementos que Polay ha tomado de la vasta síntesis de Marx y de sus seguidores.

En primer lugar, destaca precisamente el método guerrillero. Luego de la revolución cubana, en toda América Latina una generación pretendió tomar el poder a través de la lucha armada.

Esa generación, en su mayoría, siguió a Cuba y se inspiró en el Che Guevara antes que en Fidel Castro. Le interesaba la fase peligrosa, romántica y, eventualmente, heroica, por encima de la pedestre tarea de administrar un Estado comunista. Una vez más, Polay es un representante tardío de esa corriente latinoamericana, puesto que su protagonismo corresponde a la década de los ochenta y se sitúa unos quince o veinte años después de las figuras paradigmáticas de su corriente.

Luego, subrayar sus amplias lecturas marxistas que corresponden a la teoría de la «dependencia», estas son los clásicos de dicha corriente intelectual. Entre los latinoamericanos, Polay menciona explícitamente a Ruy Mauro Marini, André Gunder Frank, Theotônio dos Santos, Vânia Bambirra, y, específicamente, a los peruanos Aníbal Quijano, Ernesto Yepes, Wilfredo Kapsoli, entre otros. Sobre todo, resalta a Alberto Flores Galindo a quien entiende como el historiador que habría confirmado sus intuiciones sobre el pasado peruano. Sobre Flores Galindo, Polay admira sobre todo su último libro, *Buscando un inca*. En este sentido, el bagaje intelectual de Polay es claramente postaprista y le ofrece un marco conceptual renovado.

En esa misma dirección, apuntan sus relaciones personales en el mundo de la política. Aunque agradece a Armando Villanueva y a Javier Valle-Riestra —destacadas figuras apristas—, será evidente para el lector de estas memorias que sus relaciones principales han sido con políticos marxistas, como Javier Díez Canseco y Jorge Del Prado. Incluso, concibe al MRTA en estrecha relación con Izquierda Unida (IU).

Pareciera que Polay concebía al MRTA como brazo armado de IU, un frente que, según sus memorias, se debatía entre el inmovilismo reformista de Barrantes y el intento de transformarlo en el frente revolucionario de masas que predicaban tanto Patria Roja, como el Partido Unificado Mariateguista, PUM. Polay se identifica con esta corriente, llamándola sector consecuente de IU.

Por otra parte, pasando a un tema más ideológico, la concepción de Polay sobre el socialismo como objetivo de su lucha se apoya en el ejemplo de las cooperativas y de las empresas autogestionarias. En este sentido, retoma una idea de Hildebrando Castro Pozo, quien había planteado que la cooperativa moderna era heredera del ayllu prehispánico y contenía, en sí misma, la aspiración al trabajo colectivo propia del socialismo.

Pero Polay no ofrece un balance del fracaso del llamado socialismo real, proceso que ocurrió mientras se encontraba en actividad, puesto que la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética fueron anteriores a su caída definitiva, en 1992. En este sentido, no es autocrítico con su propio campo.

Así, Polay pasa por alto algunas consideraciones estratégicas, incluso decisivas, pero entrega, en cambio, una fina perspectiva para el análisis táctico y de las correlaciones de fuerza.

Otro tema que guarda relación con el pensamiento de Polay es su formación en el activismo en organizaciones sociales y su planteamiento sobre el rol de la sociedad civil en la política. Al revisar sus memorias, el lector encontrará que, siendo joven, Polay fue integrante de una asociación de periodistas escolares y, al mismo tiempo, miembro del Movimiento Scout del Callao.

En nuestro país, la infancia y la adolescencia normalmente se viven dentro de las paredes del hogar. Al contrario de la mayoría de muchachos, Polay era menos doméstico y más institucional, le gustaba pasar tiempo en el espacio asociativo y vivir la disciplina y el orden propios de los movimientos juveniles.

Esa postura se refuerza en su edad adulta y ocupa un puesto importante en sus memorias de la actividad política del MRTA. En efecto, Polay enfatiza en el trabajo social y gremial del MRTA, destacando a Américo Gilvonio, responsable del trabajo de masas de la organización. Según sus recuerdos, el MRTA habría dirigido la Federación Minera, varios frentes regionales y participado decisivamente en la Asamblea Popular Nacional de Villa El Salvador. De este modo, la narrativa de Polay sobre el MRTA incorpora un amplio trabajo de base,

rechazando la versión de un grupo centrado exclusivamente en la lucha guerrillera.

Al emplear esta línea argumental, Polay responde a la Comisión de la Verdad y Reconciliación, CVR. Según el Informe final, el MRTA atravesó una desviación militarista que le hizo perder de vista sus propios objetivos políticos. La CVR presta bastante atención a las disensiones internas del MRTA y sostiene que trató de suplir a balazos su debilidad política. Por su parte, en directa oposición a esta versión, Polay subraya el soporte social de la lucha armada del MRTA; toma a ésta última como principal, pero se esmera en demostrar que su militancia realizaba trabajo semilegal de gran amplitud en el tejido social peruano.

De este modo, la concepción de la sociedad que Polay presenta es una respuesta al parecer de la CVR sobre el MRTA que destaca, de paso, un elemento de fondo. Polay cree en una sociedad orgánica, donde el individuo es parte de un entramado institucional social con autoridad política.

Así, remite sus ideas sobre el Estado postrevolucionario a la mencionada Asamblea Nacional Popular de Villa El Salvador. Sobre ella destaca su construcción como una fortaleza de las instituciones sociales a nivel nacional que debía adoptar decisiones de fondo que luego serían llevadas a la práctica por las entidades conformantes. En ese sentido, la Asamblea Popular de Villa El Salvador habría sido un anticipo del poder legislativo bajo el socialismo que adopta los grandes lineamientos porque representa a todo el pueblo organizado y luego otras instancias quedan encargadas de implementar esas decisiones.

De este modo, el MRTA que recuerda Polay buscaba generar participación política a través de las organizaciones sociales de base y no partiendo del individuo autónomo y aislado.

En la sociedad peruana, una idea corriente sobre el MRTA surge de su comparación con el PCP-Sendero Luminoso. Según esta extendida manera de ver a ambos grupos extremistas, el MRTA habría sido el hermano menor de la violencia, causado menos bajas, pero habría operado como apéndice del terrorismo.

Por ello, en sus memorias, Polay va a enfrentar ese saber común al desarrollar las diferencias que encuentra entre el MRTA y el PCP-SL.

En primer lugar, Polay recuerda la sorpresa que envolvió a toda la izquierda a raíz del levantamiento senderista en mayo de 1980. El PCP-SL era un grupo marginal y poco conocido, su dirección estaba en Ayacucho y no participaba ni de paros generales, ni de elecciones nacionales; era clandestino y parecía casi fantasmal.

Sus primeros dieciocho meses fueron cruciales, pero transcurrieron básicamente silenciosos: Sendero no hablaba en público y se limitaba al rumor, al boca a boca. Hasta que, en 1982, cambió la percepción sobre los alcances del movimiento senderista. Ese año tuvo lugar el exitoso asalto a la cárcel de Huamanga, cuando el PCP liberó a sus presos y se retiró con ellos en la misma capital departamental. Pocos meses después, según recuerda Polay, el entierro de Edith Lagos demostró que, al menos en Ayacucho, Sendero disponía de apoyo popular. En esta época se estaba formando el MRTA y, desde entonces hasta hoy, Polay considera al PCP-SL como integrante del campo popular.

Por ello, el MRTA habría tratado de acercarse a Sendero al intentar colaborar inicialmente con sus presos en las cárceles. Pero según relata Polay, los militantes del PCP-SL rechazaron todo trato, incluyendo el humanitario. Avanzada la guerra, el MRTA habría buscado dialogar sin conseguirlo; Sendero siempre respondió con el silencio o la abierta hostilidad.

Por su lado, la prensa senderista habló mal del MRTA con regularidad, calificándolo de fuerza complementaria de las Fuerzas Armadas reaccionarias; en otras ocasiones, el calificativo era de fuerza al servicio de Cuba y de la Unión Soviética, países gobernados por revisionistas social-imperialistas que habían restaurado el capitalismo. En todos los casos, el PCP-SL se habría negado a calificar al MRTA como una fuerza identificada con el campo popular, consideración que el MRTA sí le otorgaba. Por ello, no hubo ninguna coordinación y, más bien, sí se dieron enfrentamientos armados en algunos espacios

donde coincidieron militantes de ambas fuerzas. De ese modo, Sendero fue bastante más hostil con el MRTA que a la inversa.

Otro punto a considerar es la caracterización de Sendero Luminoso que aparece en estas memorias. Según la interpretación de Polay, SL fue un movimiento dogmático y fundamentalista que arrasó pueblos enteros porque no compartían su posición en la guerra. Por el contrario, Polay sostiene que el MRTA siempre defendió a las organizaciones de base y que se consideraba su representante alzado en armas. Pone ejemplos: Sendero habría asesinado a más de cien personas en Soras, Ayacucho. Asimismo, en Tocache, se habría aliado al narcotráfico para combatir al MRTA.

En ese mismo sentido, considera a Sendero, en última instancia, un proyecto personalista, basado en el exagerado culto a la personalidad de Guzmán. A diferencia del MRTA, en el que, según Polay, se habría intentado superar el personalismo y afrontar la guerra con un liderazgo más colectivo. A diferencia de Mao o de Stalin, incluso de Hitler, Guzmán habría desatado el culto a su personalidad antes de haber ganado la guerra y tomado el poder.

Más adelante, en este testimonio, Polay manifiesta una apreciación muy crítica de la tesis senderista del «equilibrio estratégico», sosteniendo que era un error absoluto de apreciación de la correlación de fuerzas a nivel nacional y que desorientó a Sendero precipitando su ruina. Por pretender mostrar más fuerza acabaron realizando una fuga hacia adelante que los llevó al abismo.

Por encima de todo, Polay rechaza con firmeza lo que llama la «defección de la dirección senderista en prisión». Las negociaciones por la paz que entablaron Guzmán e Yparraquirre a cambio de mejorar sus condiciones carcelarias le parecen una claudicación en toda línea. Más bien, Polay se enorgullece de haber rechazado todo acuerdo con Fujimori-Montesinos, aunque le haya costado condiciones muy duras en prisión.

Según su apreciación, a lo largo de todo el conflicto armado interno, el MRTA se habría esforzado por respetar las

leyes de la guerra al haber actuado en el marco del Convenio de Ginebra para guerras civiles. Polay no emplea el concepto de terrorismo, pero bordea su definición cuando analiza al Sendero que conoció durante los años de lucha armada y lo diferencia, nítidamente, del accionar del MRTA.

La mala relación entre los integrantes de ambas organizaciones se habría prolongado durante los años iniciales en prisión. Por ejemplo, en Yanamayo, los vínculos fueron mínimos y siempre tirantes.

Pero, posteriormente, las relaciones han mejorado. Actualmente, Polay encuentra tanto a Guzmán como a Feliciano bastante amistosos. Conversan con regularidad, comparten algunas aficiones, intercambian libros, música y videos. Cuenta que Guzmán es un caballero provinciano muy educado, que escucha atentamente a sus interlocutores.

Otra pregunta clave en la historia del MRTA es la justificación de su levantamiento. ¿Era justa la guerra que emprendió esta organización? Este es un punto crucial porque el MRTA tomó las armas contra la democracia peruana de inicios de los ochenta. Estaba recién restaurada y, obviamente, aún era frágil. Por su parte, la teoría marxista supone que las insurrecciones proceden contra las dictaduras, siendo pocos los casos de levantamientos contra democracias protagonizados por fuerzas izquierdistas en América Latina. Aunque el Che Guevara, en la segunda edición de su manual sobre las guerrillas, justificó la posibilidad de levantarse en armas contra democracias.

De acuerdo con Polay, la situación política obligó a la guerra revolucionaria y, a este respecto, la iniciativa política le correspondió a Sendero que se lanzó a la lucha armada en mayo de 1980; a continuación, el gobierno de Fernando Belaúnde respondió de forma muy dura, sobre todo después de la intervención militar, en diciembre de 1982. Ese período es caracterizado por Polay como «terrorismo de Estado» y el responsable político sería Fernando Belaúnde. Según su apreciación, Sendero era una fuerza fundamentalista incapaz de llevar al pueblo a una victoria, pero su levantamiento

to empujaba a un desenlace armado y todas las fuerzas, excepto la izquierda legal, disponían de aparatos militares.

En el razonamiento de Polay, otra cuestión clave es caracterizar el gobierno de Belaúnde, porque de ahí se desprende una segunda justificación del MRTA. Según Polay, este era un usurpador que estaba gobernando contra la Constitución de 1979 que, a su entender, era republicana y democrática; el gobierno de Belaúnde procedía a entregar extensas zonas del país a las Fuerzas Armadas que aplicaban el terrorismo de Estado. Este habría atentado contra la soberanía nacional al claudicar ante los organismos financieros internacionales que succionaban al pueblo a través de los exorbitantes pagos de deuda externa y reducían el alcance del Estado al despedir personal y comprimir sus servicios.

Por ello, Polay sostiene que el MRTA empleó el derecho constitucional a la insurgencia, invocando a la Constitución de 1979 para darle legitimidad a la guerra que emprendió. De este modo, su argumento se mueve en dos planos. Su primer punto se refiere a la democracia bajo Belaúnde, presentada como el vehículo para el retorno de una dictadura militar retrógrada. En este sentido, Fernando Belaúnde Terry no sería plenamente democrático y el MRTA, en realidad, no se habría alzado en armas contra una democracia, sino contra un régimen transicional hacia una dictadura.

El segundo plano es más práctico. En el Perú de los ochenta, la situación política caminaba hacia una confrontación y sería eliminado quien no dispusiera de fuerza militar propia. Con base en este razonamiento, Polay argumenta su pretensión de construir el MRTA pensando en ganar a la militancia y a las organizaciones de la Izquierda Unida, IU. A la hora de la inevitable confrontación, se unirían porque se necesitarían.

Hasta aquí el punto de vista de Polay, sin entrar a discutirlo. Por mi parte, pienso que una de las razones para el fracaso de la organización guarda relación con la fragilidad de la justificación de un acto tan trascendental como comenzar una guerra. Quizás

el MRTA no llegó a buen puerto por falta de solidez de sus razones primigenias, antes que por haber procedido de esta u otra manera durante la guerra.

Otro punto a considerar son las acusaciones contra el MRTA que llevan a buena parte de la población peruana a considerar su accionar como terrorista. El lector encontrará que Polay sale al frente y ofrece su punto de vista sobre todos y cada uno de estos hechos amargos que deja toda lucha armada.

Cabe destacar que Polay, reiteradamente, señala que el MRTA se esforzó por cumplir con las leyes de la guerra al acatar una serie de condiciones. Entre otras, atacar vistiendo uniforme para permitir la identificación visual de los combatientes y su diferenciación con los civiles; así mismo sus uniformes iban acompañados de distintivos de identificación de sus oficiales. En ese sentido, también se abstuvieron de asaltar a la población civil, sino solamente a cuarteles y comisarías. En esa misma línea, sostiene que siempre respetaron heridos y en ningún caso remataron prisioneros. En el razonamiento de Polay, ahí está la causa del bajo número de víctimas causadas por el MRTA; según las cifras de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, algo menos del 2%.

A este punto le sigue la afirmación de Polay en el sentido de que en ninguna parte del país se formaron rondas, campesinas o urbanas, contra el MRTA, mientras que hubo cantidad de ronderos contra Sendero. Para Polay, este hecho indica que el MRTA no atentó contra las organizaciones sociales; por el contrario, el 99% de las bajas causadas por el MRTA fueron uniformados del Estado.

Pero los siguientes hechos se levantan contra cualquier autocomplacencia. En primer lugar, el tema de los secuestros de empresarios para pedir rescates y financiar a la organización. Sobre ellos, en el testimonio aparece una autocrítica de Polay, muy explícita, y añade su arrepentimiento sincero. A la vez, contextualiza los secuestros como parte de una práctica común en movimientos guerrilleros latinoamericanos. No busca excusarse,

sino hacer explícito que lo efectuado por el MRTA era moneda corriente incluso en grupos que actualmente, o hasta hace poco, estaban en el poder en diversos países latinoamericanos.

Lo mismo podría decirse sobre el asesinato de homosexuales en la región San Martín. En este caso, Polay también sostiene que fue un grave error frente al que se muestra acongojado, pero establece que, personalmente, no tuvo nada que ver, a diferencia del asunto de los secuestros. El caso de los homosexuales es de actualidad, porque pronto ha de pasar a juicio que involucra, entre otros, a Polay. Pero en su testimonio este hecho está unido a las luchas internas en el MRTA y a la conducta de algunos mandos regionales que habrían sido disidentes y ejecutores del crimen, aunque reconoce el hecho como cometido bajo las banderas del MRTA y afronta la autocrítica pública.

Con respecto a dinero sucio proveniente del narcotráfico, Polay sostiene que el MRTA no tuvo ningún contacto con el mundo de las drogas y niega la existencia de vasos comunicantes. Rechaza categóricamente la existencia de dinero oculto en cuentas secretas, versión que, sostiene, es una calumnia del gobierno de Alberto Fujimori para desprestigiar a su organización.

A continuación, está el fusilamiento de algunos disidentes de la organización. Polay sostiene que al entrar al MRTA se aceptaba libremente su estatuto y sus reglamentos que consideraban delito grave tanto colaborar con el enemigo, como actuar por cuenta propia o quedarse con armamento de la organización. Pues bien, algunos militantes habrían incurrido en estos considerados delitos graves y un tribunal interno ordenó su fusilamiento. Del mismo modo que en los temas anteriores, hoy en día, a veinticinco años de estos sucesos, Polay sostiene que no los repetiría. Además, opina que es partidario de la abolición total y definitiva de la pena de muerte, que no debería aplicarse en ningún caso.

Finalmente, tenemos el gran tema del asesinato del general de división del Ejército de Perú, Enrique López Albújar. Sobre este caso Polay explica que fue una represalia por el repase de los

rendidos del MRTA en Los Molinos. Así entonces, la muerte del hijo del gran escritor indigenista fue consecuencia directa de la eliminación de casi toda la columna del MRTA que se dirigía a tomar Tarma cuando sostuvo un choque de encuentro casual con una división del Ejército de Perú. Como toda guerra, la nuestra está llena de episodios de toma y daca.

El MRTA, efectivamente, trató de llevar adelante una guerra más «civilizada», de acuerdo a convenciones internacionales, mientras que el PCP-SL no tuvo esa intención. Pero, al mismo tiempo, el MRTA perdió control del proceso. Así, esta organización cometió una serie de incorrecciones que hoy le pesan mucho porque constituyen la justificación del calificativo de terrorismo.

La violencia practicada, en forma sistemática, desarrolla hábitos que trascienden las ideologías; en las más diversas latitudes, los guerreros son aquellos que recurren a la fuerza para resolver conflictos. Así, la guerra es un gusano que acaba con todo, no hay capullo que se resista.

Un último tema, antes de dejar al lector con el verdadero autor, es el tono cálido y afectuoso para dirigirse a sus camaradas. A Peter Cárdenas lo menciona muchas veces y lo retrata con cariño como alguien que lo ha acompañado dignamente en los terribles episodios sucedidos en prisión. Sobre Cerpa sostiene que su propósito era rescatar a sus compañeros presos, siguiendo un principio ético y político, fruto del compromiso con una causa común.

De igual modo, se refiere a unos y a otros de tal modo que este testimonio constituye un directorio de todos aquellos que estuvieron comprometidos con el MRTA. Sorprende el número bajo de mujeres dirigentes, a diferencia de Sendero, donde la amplitud de su influencia es un tema importante. Pero a todos los fieles los recuerda con consideración y busca no olvidarse de ninguno.

Finalmente, unas palabras personales sobre el autor. No lo he conocido a pesar de haber militado en la izquierda de los setenta. Alguna vez lo vi en reuniones, pero no tuvimos oportunidad de

hablar. Mi apreciación se basa, exclusivamente, en la imagen que me formé durante su accionar al mando del MRTA.

En primer lugar, me pareció valiente y decidido, al estilo de los guerrilleros castristas de los sesenta, calzado en ese molde. Pero también lo encontré algo fuera de control; le gustaba demasiado la primera plana y se dejó ganar por acciones sin justificación política. Pienso que quizá no pensó tanto en el largo plazo.

Igualmente, puedo decir que me gustó la campaña del Nor Oriente porque fue alegre y desenfadada, otra guerra comparada con la crueldad de Sendero. Pero esa misma campaña me mostró que Perú habría de acabar mal, alguna dictadura se avecinaba y el MRTA no parecía una solución sino una gota más en el vaso del caos.

Por encima de todo, Polay me pareció un romántico, alguien que quería dirigir una guerra a la antigua, con maneras políticas y elegancia, ofreciendo treguas y poniendo por delante el rescate de los compañeros, como lo muestra la fuga del penal y, según relata Polay, también habría sido el caso de Cerpa. En su testimonio se nota que ese romanticismo sigue íntegro en él y que lo sostiene fuerte y sólido en sus convicciones. Me despido deseando que pronto pueda volcar sus emociones en su familia.

—ANTONIO ZAPATA
Historiador

Introducción

Este libro lo he redactado en los meses en que he estado recluido en el establecimiento penal de Piedras Gordas, a donde hemos sido trasladados, en abril de 2012, después de veinte años en el penal de la Base Naval del Callao, donde hubiera sido imposible hacerlo.

Nuestras condiciones de detención actuales han mejorado, pero mantienen algunas limitaciones. Seguimos aislados, solo podemos ver a nuestros familiares directos, no tenemos contacto con la población penal y persisten las mismas restricciones de lectura. Mi madre ha podido sacar mis manuscritos.

Debo agradecer especialmente al compañero y amigo Raúl Wiener Fresco, periodista e ineludible hombre de izquierda, ya que sin su estímulo no hubiera escrito este testimonio. A través de mi madre, me ha animado permanentemente a hacerlo, planteándome, de forma provocadora, temas, cuestionamientos, inquietudes, preguntas, dudas, criterios, etc.

Me ha expresado, en reiteradas ocasiones, la importancia de que los peruanos y las peruanas conozcan lo que ocurrió en los años del conflicto armado interno por boca de los propios protagonistas. «Tienes una obligación moral de hacerlo», me ha insistido. Espero que al leer estas preguntas y respuestas no lo haya defraudado.

También me alentaron a hacerlo otros amigos e intelectuales, como el reconocido periodista de investigación y firme defensor de las libertades democráticas Gustavo Gorriti, quien en marzo de 2006, cuando era director del suplemento del diario *La República*, me pidió un conjunto de entrevistas sobre aspectos personales, políticos, judiciales, etc., que no se pudieron realizar por la censura de la Base Naval.

Para escribir, he imaginado un coloquio de voces inquietas que me interrogan insistentemente, y lo conforman los jóvenes que no vivieron el conflicto armado interno y buscan conocer, de pri-

mera mano, en la palabra de los protagonistas y más allá de las versiones oficiales, los años que remecieron nuestra patria.

No he tenido posibilidad de consultar archivos, publicaciones o confrontar mis ideas con otros análisis o libros; sin embargo, yo siempre he tenido buena memoria y apenas comencé fue como si saliera un torrente largamente contenido. Aquí está, «en bruto», mi punto de vista personal desde mi posición de excomandante general del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, MRTA.

Lo he titulado *Revolución en los Andes. Desde la prisión, Víctor Polay responde*, porque recién puedo replicar a aquello que, durante años, algunos periodistas y subversólogos han escrito y denostado sobre lo que fue nuestra experiencia guerrillera a partir de un conocimiento superficial o simplemente para sumarse a la carga del montón mediático contra nosotros a sabiendas de que las posibilidades de una respuesta eran prácticamente nulas.

Desde la prisión, Víctor Polay responde también —y es lo más importante— porque no me corro y asumo, sin cortapisas, el pasivo y activo de lo que fue mi organización. Como en Perú se ha hecho costumbre afirmar que los que empuñamos las armas, los llamados «terroristas», lo hicimos porque éramos resentidos sociales, fracasados, acomplejados y disociales, he empezado el libro con mis orígenes familiares y mi experiencia en el APRA, lo que permitirá situar los inicios de cómo, a mi más temprana edad, aprendí a conocer y amar a mi país.

Continúo, de manera cronológica, con mi viaje a Europa y mi militancia en el MIR, la fundación del MRTA, el inicio de la lucha armada en las ciudades, luego en el campo, la fuga de Canto Grande, nuestras relaciones nacionales e internacionales, mi posterior cautiverio en la Base Naval del Callao, la toma de la residencia del embajador japonés y la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), un capítulo de «Balance» y, por último, uno de «Reflexiones finales».

No pretendo que esta sea la única verdad. Mi aspiración es que esta visión de parte sirva para el estudio y la reflexión sobre los años en que una generación de hombres y mujeres lo dieron todo

para tomar por asalto el cielo, conquistar la felicidad y construir una patria sin oprimidos ni explotados.

Espero que también sirva de acicate para que mis excompañeros y compañeras se animen a escribir sobre las diversas y ricas experiencias que en las ciudades, en el campo y en las prisiones vivieron los tupacamaristas de fines del siglo XX ya que, pese a nuestra derrota, dejamos un testimonio de consecuencia y de superioridad moral que debe servir para las futuras generaciones y que ya son parte de la historia de Perú.

Desde 2001, después de la caída de la dictadura, a través de mis familiares, luego en 2003 ante la CVR, después en el llamado megajuicio a la dirección del MRTA, en 2005, y en cuanta oportunidad he tenido, como en mi libro *Terrorista o rebelde*, de 2007, o en entrevistas, he planteado que América Latina y Perú han cambiado y que lo que era impensable hace unas décadas, ahora es posible, es decir la victoria de la izquierda en las elecciones.

Vemos que en nuestro continente han surgido gobiernos de izquierda y de centro izquierda gracias al apoyo de millones de personas que se han organizado, movilizado y votado por estas alternativas. Estoy convencido de que este es el camino para la izquierda y para el pueblo peruano.

A pesar de tener más de dos décadas en prisión, muchos años de ellos en condiciones inhumanas, no reniego de mis ideales de justicia social que aprendí desde mi niñez en mi hogar y que luego reafirmé en mi juventud con mis convicciones socialistas y mi identificación con Luis de la Puente Uceda y el Che porque, como el amauta José Carlos Mariátegui, puedo afirmar que soy un hombre de una filiación y una fe. Ese ha sido el sentido de mi vida.

Sigo creyendo firmemente en la necesidad de la gran transformación de nuestra patria frente al fracaso de la política neoliberal y el «Consenso de Washington», aplicado por los regímenes de Fujimori, Toledo, García y ahora con la traición de Humala. Ellos han gobernado con una constitución espuria que estableció y vali-

dó un sistema de corrupción con políticos y tecnócratas al servicio de los dueños de Perú.

También soy consciente de la exigencia de la reconciliación de todos, en particular de los que fuimos protagonistas del conflicto armado interno que enfrentó a peruanos de uno y otro lado. Como contribución a esta reconciliación, en el megajuicio al MRTA y en toda oportunidad, yo siempre he asumido todas mis responsabilidades y he ofrecido mis condolencias y pedido perdón a los que sufrieron o tuvieron pérdidas irreparables por el accionar del MRTA.

Por último, espero que este libro sea leído sin prejuicios y teniendo en cuenta que ha sido escrito en condiciones sumamente difíciles; sin embargo, creo que está presente lo esencial de mis reflexiones y mi pensamiento.

I

ORÍGENES FAMILIARES Y EL APRA

*Contra el pasado vergonzante, nueva doctrina insurge ya,
Es ideal realidad liberante, que ha fundido en crisol la verdad
Tatuaremos con sangre en la historia, nuestra huella pujante y triunfal
Quedará a los que luchan mañana, digno ejemplo de acción contra el mal.*

«HIMNO DEL APRA» O «MARSELLERA» APRISTA

Victor, cuéntanos algo sobre las circunstancias de tu nacimiento.

Como es sabido, mi padre fue fundador del APRA y miembro de su primer Comité Ejecutivo Nacional (CEN) entre 1930 y 1931 y, luego, de la redacción del diario aprista *La Tribuna*.

Desde entonces hasta 1945, pasaría más de una década en diversas prisiones por su compromiso político. Por eso, en el año 1948, cuando se da el golpe del general Manuel Odría, decide ponerse a buen recaudo en Pucallpa, una ciudad que recién se estaba constituyendo en la selva del Oriente peruano, y viaja para allá junto a mi madre, con la que recién se había casado. Lo ayuda el poeta Óscar Bolaños (Julián Pretrovick), exsecretario personal de Haya de la Torre, que tenía negocios de ferretería y le ofrecía una representación en la selva.

Así es como mi hermana mayor es procreada a las orillas del río Ucayali. Debido a las condiciones difíciles de vida por allá, mi madre se enferma y debe regresar al Callao a dar a luz. Mi padre regresa después y, siempre con el apoyo de Bolaños, pone una ferre-